

## LA HISTORIA Y EL PODER EN EL RENACIMIENTO

J. L. Pereira Iglesias\*  
Universidad de Cádiz

Se analiza la estrecha relación entre historiografía y poder, especialmente en el Renacimiento, cuando tienen lugar tres procesos históricos que propiciaron una interesante colaboración entre ambos: el nacimiento y desarrollo del estado Moderno, la Reforma religiosa, tanto católica como protestante, y el descubrimiento de América.

Palabras clave: *Historiografía. Poder político y religioso. Renacimiento.*

The author makes an analysis of the close link between History and Power, especially in the Renaissance. During this period three historic events happen that fostered an interesting collaboration between both concepts: the beginning and development of the Modern State, the religious Reforms, Catholic and Protestant and the discovery of America.

Key words: *History. Politic and religious power. Renaissance.*

En la «Introducción» a su brillante estudio sobre *La evolución del pensamiento histórico en los Tiempos Modernos* escribe el profesor Fernández Álvarez lo siguiente: «Es cierto que los políticos de oficio, tanto los que están en el poder como los que están en la oposición, tratan de manipular la historia escrita; los unos con una tendencia triunfalista, esperando de ella un soporte, en el encuadramiento que han montado y cuyo control no quieren perder. Procurarán que la labor del historiador se reduzca a la de contribuir a formar buenos ciudadanos; se entiende, personas dóciles al sistema político del que se benefician, ya sea neocapitalista, marxista o maoísta. A su vez, la oposición pedirá a la Historia una reivindicación de sus ideales, legitimándolos con el respaldo histórico—pensemos en el *Risorgimento* italiano—, o denunciarán lo que entiende por historiografía oficial. Todo lo cual confundirá a más de un espectador y dará un particular aire agresivo en torno al quehacer del historiador. Unos y otros le pedi-

\* Este trabajo, que se edita póstumamente, fue dictado como ponencia en el Curso de formación del Profesorado «Lenguas clásicas, Historia, Literatura española. Relaciones interdisciplinares III (Historiografía)», celebrado en Alcañiz del 10 al 12 de septiembre de 1998.

rán que se defina, que se comprometa; en otras palabras: le abocan a la alienación. Bajo la fórmula de que el objetivismo es inasequible, querrán obtener un partidario más que ingresar en sus filas, como un pecador que no pudiera redimirse de sus pecados, como un presidiario sujeto a cadena perpetua que no pudiera ya aspirar ni a la libertad ni a la dignidad moral”.

Cierto, el discurso histórico difícilmente ha escapado a las influencias del Poder, ya sea económico, social, político o religioso. La censura no es algo que necesariamente esté unido a la aparición y desarrollo de la imprenta en los albores de la Europa Moderna. La información escrita siempre estuvo sujeta al control ideológico que ejercía toda forma y manifestación del Poder. Ante tales intromisiones, los historiadores han tomado dos actitudes: justificarlas, argumentando que son inmutables y naturales, o criticarlas, explicándolas como cambiantes y transitorias. La historia justificadora contribuyó a la perpetuación de las relaciones de fuerza existentes, convirtiéndose entonces en un discurso del poder e integrándose plenamente en el aparato ideológico de las clases dominantes y del Estado. El ejemplo lo tenemos en nuestros cronistas indianos del siglo XVI. En cambio, la historia crítica (la historia problema) aspiraba a la transformación de la realidad y con ese objetivo juzgaba el pasado, tratando de obtener lecciones para el futuro. Bartolomé de Las Casas pretendió cambiar el modelo colonial condenando los acontecimientos históricos que sucedieron en el Nuevo Mundo tras su conquista por los españoles. Por consiguiente, es a partir de las relaciones de fuerza o de poder que existen en el tejido social donde surgen los usos y los abusos de la Historia. Tanto la historia oficial como la historia oposición han sometido al pasado a frecuentes manipulaciones en función de intereses concretos. A Lorenzo Valla debemos el desmantelamiento de toda una teoría política conocida como agustinismo político que predicaba la hegemonía del poder religioso sobre el poder temporal. La legitimidad de dicha teoría se fundamentaba en un documento histórico que tanto la crítica filológica como la crítica histórica revelaron que era una manipulación del Poder Eclesiástico. Indicios de usos y abusos de la Historia por parte del Poder abundan. Maquiavelo concebía la Historia como una tarea necesaria para los combates políticos de su época. El hispanista británico Henry Kamen, entendido en temas inquisitoriales y reciente autor de una polémica biografía sobre Felipe II, puso de relieve cómo algunos historiadores del siglo XVI, el inglés John Foxe, el alemán Gonsalvus Montanus y el holandés Johann Limborch, redactaron sus respectivos estudios sobre la Inquisición con un claro objetivo político: “Los tres eran calvinistas. Para todos ellos lo que escribían sobre la Inquisición era materia para la lucha contra el imperialismo español”. Lo que en Maquiavelo era un uso de la historia, se convierte en abuso en los tres historiadores calvinistas citados, puesto que los fines propagandísticos de sus obras implicaban que no importaba <<si lo que decían tenía o no base en la realidad>>. Excelente ejemplo de manipulación de los hechos históricos por las potencias rivales de España es la propaganda conocida como leyenda negra que difundió por toda Europa una imagen tremendamente negativa de la sociedad española. Pero España no era una excepción. En general, todas las nacio-

nalidades tuvieron su leyenda negra y su leyenda rosa. El despertar del sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional (idea de patria) contribuyó al desarrollo y propagación de opiniones peyorativas sobre los individuos nacidos más allá de las fronteras nacionales. Y es que tanto la leyenda negra como la leyenda rosa se insertan –nos recuerda Ricardo García Cárcel– en las guerras de opinión que se establecen entre los distintos protagonistas de la escena histórica mundial. Así, los enfrentamientos bélicos que Carlos I y Felipe II mantuvieron con los monarcas franceses explican los numerosos testimonios hostiles que en España había hacia los franceses. Tanto Jerónimo Zurita como Pedro Vallés en su *Historia del Marqués de Pescara* (1557) criticarán a los ejércitos franceses por su cruel comportamiento en Italia. Otro tanto sucedía al otro lado de los Pirineos. Por toda Francia, Italia, Inglaterra, Portugal y los Países Bajos circularon escritos, libelos e historias redactadas con una intencionalidad: desprestigiar a los poderosos monarcas españoles. Lógicamente la Corona española también recurrió a sus cronistas e historiadores oficiales para contrarrestar los efectos de esta literatura panfletaria.

Los ejemplos citados no deben entenderse como fruto de circunstancias históricas excepcionales. Manipulaciones del pasado siempre existieron y continuarán sucediendo en el futuro. Adolfo Gilly, autor de un interesante artículo sobre Historia y poder, pone de relieve que en el Egipto de los faraones ya aparece una estrecha relación entre la historia y el poder: en estelas, templos y pirámides se hace apología de las gestas faraónicas. Y es que al arte, juntamente con la Historia, constituía un excelente instrumento de propaganda para el Poder y para las clases dominantes. El arte renacentista, por ejemplo, no es más que la exposición pública del éxito, de la fama, de la gloria y la riqueza: pilares de la sociedad renacentista. Mucho más cercana en el tiempo, la historiografía medieval también se mostró casi siempre sumisa al poder feudal. Si en el siglo XII la principal preocupación de los cronistas e historiadores era la interpretación de las calamidades humanas conforme a los designios de la providencia, desde el XIII en adelante se impone el servicio a señores y príncipes. Esta dependencia de los historiadores con respecto al príncipe llega a veces a tal extremo que se convierten en panegiristas. En Francia los soberanos de la dinastía Valois, al igual que la de los Capeto, tuvieron sus historiadores oficiales, encargados de redactar las *Grandes Chroniques de France*. Bajo el reinado de Luis XI se crearon los cargos de cronista, retribuido con una pensión fija, y de historiador del rey, remunerado con gratificaciones extraordinarias, y cuya misión consistía en recoger y buscar aquellas historias y leyendas que sirvieran al engrandecimiento de su reinado. Pocos príncipes protegieron a sus historiadores y cronistas como los duques de Borgoña. De sus cronistas esperaban fundamentalmente dos tipos de servicios. Primero, exaltar las hazañas de los príncipes y de su dinastía, como Molinet que escribió para honrar «la muy ilustre y refulgente casa de Borgoña». Después, contribuir a la cohesión de los estados borgoñones, para lo cual se recurría a la invocación de antecedentes históricos, como el reino burgundio o el reino borgoñón del siglo X. También los reyes bretones contaron con historiadores de favor. Mencionemos a Alain Bouchart, autor de las *Grandes Chroniques*

de Bretagne (1514). La *Épistole*, que sirve de inicio a la obra, es reveladora de su concepto de la historia, en algunos aspectos medieval, renacentista en otros. La historia, según Bouchart, es conmemoración de las cosas dignas de recordar y también una lección moral: “Para llegar más fácilmente al mayor honor, es cosa muy conveniente, para aquel que desea hacer su tesoro y su riqueza del precioso don de la sabiduría, volver a traer frecuentemente a su memoria los hechos de los hombres notables precedentes, que han dicho o hecho cosas dignas de ser recordadas y conservadas... he visto y leído muchas crónicas, historias y otros libros, que tratan de los hechos y gestos de muy gran número de emperadores, reyes y otros príncipes... Pero todavía no he visto ningún tratado dedicado por completo al noble país de Bretaña... Por esto, y teniendo en cuenta la bella proposición de Tulio (Cicerón) en el primer libro de los oficios, en el que dice que estamos, desde nuestro nacimiento, obligados no sólo con respecto a nuestros progenitores, sino también con respecto al país donde hemos nacido... yo, que soy bretón nacido en Bretaña, he querido examinar las antiguas historias y crónicas y los viejos volúmenes y mostrar los registros, que yo he investigado y buscado en los lugares donde acostumbran a guardar cartas de perpetua memoria; y de lo que he podido encontrar y extraer he escrito y redactado, de manera resumida (ya que la brevedad es la amiga de la memoria), quién fue el primer bretón, cómo Inglaterra se llamó primero Bretaña, la manera y la época en la que los bretones conquistaron el reino de Armórica en la Galia, al cual desde entonces llamaron Bretaña, y he establecido por orden los nombres de los reyes, duques y príncipes de este noble país hasta tiempos de Francisco II, último duque de Bretaña... sin añadir nada que yo no haya visto y leído”. En este periodo medieval, de la dependencia de la historia hacia el poder se derivan algunas servidumbres para historiadores y cronistas. Una es la estrechez del objeto de la historia, que se limita a los hechos militares, a la vida cortesana y a las grandes ceremonias religiosas o civiles, ignorando por completo a las masas silenciosas. El inglés Ranulf Higden (1299-1364) nos lo expresa con una sinceridad meridiana: “Hay siete clases de personajes –dice– cuyos actos son recordados por los historiadores, a saber: el príncipe en su reino, el caballero en la guerra, el juez en el tribunal, el obispo entre los clérigos, el político en la sociedad, el amo en su casa, el monje en su monasterio. A los cuales corresponden siete clases de actividades, a saber: la construcción de ciudades, la victoria sobre los enemigos, la aplicación del derecho, el castigo de los crímenes, la organización de la res pública, la gestión en el ámbito familiar, la conquista de la salvación”. La cita de Higden nos muestra asimismo otras servidumbres de la historia a finales del Medievo: hacia la moral, la teología y el derecho. Un último vasallaje es que toma partido por el príncipe o mecenas que encarga o financia la obra. Por esta razón debemos desconfiar de lo que narran cronistas e historiadores oficiales. Aunque Thomas Basin se esfuerce en decirnos lo contrario en su *Histoire de Charles VII*: “escribir y transmitir a la posteridad, en forma de auténticos relatos, la historia del pasado y sobre todo la vida de los personajes ilustres... Pero son muchos los que escriben tales relatos más con la esperanza de un beneficio, o para ganarse con la adulación el favor del vulgar ignorante, de los reyes o de los príncipes.

que por el ardiente deseo de proclamar y sacar a la luz la verdad". De todos es sabido que Nicolás Maquiavelo, al cual me referiré más adelante, escribió sus historias florentinas por encargo de Julio de Médicis, futuro Clemente VII. Irónicamente serían las críticas a las injerencias papales en la política italiana las que motivaron la inclusión de su obra en el Índice de libros prohibidos, en 1559. Ejemplo éste que evidencia la censura y el control del discurso histórico por el aparato represor del Poder. No olvidemos, decía Kamen, que «los historiadores somos la gente más peligrosa del mundo, y también la más subversiva». A lo cual añadiría que también hemos sido los mayores publicistas del Poder. La aún reciente historiografía franquista constituye un excelente ejemplo de la Historia al servicio del Estado. Es entonces cuando se cometen los mayores abusos de la Historia, al intentar justificar la realidad, convirtiéndose la Historia en un discurso del Poder. Todos los regímenes políticos poseen sus historiadores oficiales cuya misión es interpretar el pasado de acuerdo con los intereses del poder instituido. Es lo que el historiador cubano Moreno Fraguinals denomina «historia como arma ideológica». Permítanme la licencia de citar con generosidad a tan ilustre historiador, el cual nos ilustra acerca de las falacias de la historia cuando se convierte en un mero discurso del Poder. Dice Fraguinals acerca de la interpretación oficial de la historia cubana lo siguiente: "Se utilizó de manera dogmática el principio de que hay una comunidad primitiva, un comunismo primitivo, un feudalismo, un capitalismo, un socialismo, etc. El libro de historia que más se vendió en Cuba —se editaron cerca de un millón de ejemplares— decía cosas como éstas, ya que había que ajustar un esquema marxista a una realidad histórica: la etapa de la comunidad primitiva, ya la tenemos resuelta: son los indios taínos que viven en Cuba. Hay esclavismo, son los esclavos indios y los esclavos negros. Después venía el feudalismo y no tenían donde meterlo porque les coincidía con el esclavismo y lo solucionaron de una manera genial: el patronato correspondería a esta etapa, ya que sirve de puente entre la esclavitud y el movimiento asalariado. Entonces hay un feudalismo que comenzó el día 10 de enero de 1883 y terminó el 15 de marzo de 1885. Resuelto el problema. Lógicamente después venía el capitalismo y ya tenemos escrita la historia de Cuba".

Los usos y los abusos de la Historia también son imputables a los cronistas e historiadores del Renacimiento puesto que, en su mayor parte, escribieron para el Poder, lo cual denuncia la importancia que la política tuvo en la historiografía renacentista. A tal fin fue preciso que los historiadores abandonasen las explicaciones providencialistas, nacidas de la interpretación cristiana de la Historia, para, en su lugar, valorar los sucesos del pasado como hechos específicamente humanos. La nueva antropología renacentista enseñaba que los hombres son libres, independientes y dueños de su destino. Sus acciones son de naturaleza humana, por lo que no deben explicarse a partir de argumentos providencialistas, sino que hallan su comprensión en unas causas que están al alcance de la razón humana. La Historia vuelve a poseer una finalidad práctica: ser útil al gobierno y al Estado. En lugar de servir a poderes trascendentales como sucedía con la historiografía medieval cristiana, ahora deberá estar al servicio de los nuevos príncipes en cuyas manos está la gobernación de la sociedad. Nuevos prín-

cipes que habrán de aprender de los errores y de los aciertos del pasado para procurar gobernar con acierto y firmeza entre sus súbditos. La historia y los historiadores se convierten, pues, en un instrumento más de la política y del Estado Moderno. Y el estilo elegante de la vieja historiografía romana se constituye en punto de referencia obligado para una historia que aspira a ser manual de educación política de los gobernantes. Pero la historia de esta época no es, como podría pensarse, una simple imitación de las concepciones historiográficas latinas. El rigor científico de la historiografía renacentista lleva a desechar mitos y fantasías, naciendo de esta guisa la crítica histórica. Si bien la materia a historiar continúa siendo la misma: las acciones de las clases dominantes.

En esta nueva edad de oro los ejemplos que delatan esa estrecha vinculación entre la política y la Historia abundan. Y es que durante la etapa del Renacimiento tienen lugar tres procesos históricos que propiciaron una interesada colaboración entre los historiadores y el Poder: el nacimiento y desarrollo del Estado Moderno, la Reforma religiosa, tanto católica como protestante, y el descubrimiento de las Indias Occidentales. Además, el control de la palabra escrita por los dueños del Poder se acentúa en la etapa del Renacimiento porque éste sucede en un tiempo de crisis, de convulsiones económicas, políticas, sociales, religiosas y culturales. Y en cualquier periodo crítico de la Historia el Poder siempre recurrió a la propaganda oficial para afirmar su autoridad frente al pueblo. El Renacimiento significa el rechazo de pautas mentales heredadas del pasado medieval, pero también la asunción de nuevas ideas que requieren del auxilio de la palabra escrita para imponerse sobre las viejas estructuras mentales sujetas al magisterio universal de la Iglesia y del Poder feudal. Son los propios cronistas y otros escritores afectos al Renacimiento quienes se encargan de publicar la oscuridad y las tinieblas imperantes en el Medievo frente a la majestuosidad del Renacimiento. El Renacimiento, no olvidemos, es la cultura elitista nacida del poder económico que emerge en una Europa urbana y cuyos artífices son las burguesías mercantil y financiera. Clase social que, debido a su mala imagen, necesitará de la palabra escrita para dignificar sus actividades lucrativas. Frente a la economía natural, propia de los siglos medievales, que produce por encargo del consumidor y cuyo concepto rector, sobre el que se escribieron ríos de tinta, es el del justo precio, se alza la economía mercantil que legitima de palabra y por escrito el enriquecimiento, las plusvalías.

Probablemente Maquiavelo (1469-1527) constituya el modelo más señalado de colaboracionismo entre la Historia y el Poder durante el Renacimiento, pero no es el único. Por toda Italia, en el transcurso de los siglos XIV y XV, surgieron historiadores y cronistas que redactaron, la mayoría de las veces por encargo, la historia particular de sus ciudades o de la familia aristocrática que a la sazón ocupaba el Poder. En Nápoles, Lorenzo Valla (1405-1457), un humanista al servicio del rey de Aragón, es conocido sobre todo por ser el iniciador de la crítica histórica, pero también por la autoría de una apologética *Vida de Fernando I de Aragón*. Exponentes también de la enunciada alianza entre la Historia y la Política son Leonardo Bruni (1369-1444) y Poggio Bracciolini (1380-1459), ambos fue-

ron cancilleres de Florencia. Bruni, según el mismo nos confiesa, se consideraba discípulo de Coluccio Salutati: «Si he aprendido el griego ha sido gracias a Coluccio; si he profundizado en la literatura latina, ha sido gracias a Coluccio; si he leído, estudiado y conocido poetas, oradores y escritores de todo tipo, ha sido obra de Coluccio». Sus Historias del pueblo florentino constituyen, sin discusión, un progreso más en la madurez de la historiografía humanista, pues en dicha obra se supera el tradicional quehacer de los historiadores. Éstos solían limitarse a la narración de los acontecimientos políticos y militares. En cambio, Bruni desciende en su análisis histórico de la ciudad florentina hasta las repercusiones sociales de las coyunturas militar y política. Además, Bruni entiende la historia como la búsqueda de la verdad. «La historia es verdad», nos confiesa. Y añade: «Es fácil, si te esfuerzas un poco, redactar un libelo o una epístola, pero intentar escribir una historia, donde se encierra un orden de múltiples y diversas cosas y, en particular, se exige exponer las causas de las decisiones y dar razón de los hechos acaecidos, es tan peligroso prometerlo como difícil observarlo». De su calidad como historiador dice el Profesor Eugenio Garin lo siguiente: «Cuando esboza el largo camino de la ascensión florentina, Leonardo Bruni nos da su auténtica medida de gran historiador, y a medida que avanza en el tiempo para acercarse a sus propios días se nos muestra cada vez más riguroso en el uso crítico de las fuentes documentales». Su historia de la ciudad del Arno es un homenaje al pueblo florentino: «He estado preguntándome largo tiempo... si merecían ser escritas y registradas en la memoria de las letras los hechos y litigios, internos y externos, del pueblo florentino, así como sus gloriosas obras, tanto en tiempo de guerra como de paz.. Me incitaba la grandeza de esos hechos, pues este pueblo, primero en sus disensiones civiles, más tarde en las mantenidas con sus vecinos y, finalmente, en nuestros días, en las que tras adquirir mayor potencia se le han enfrentado príncipes tan poderosos como el duque de Milán y el rey Ladislao, ha actuado de tal suerte que desde los Alpes hasta Apulia, en toda la extensión de Italia, llegan los ecos de sus armas». Las Historias del pueblo florentino ensalzan las virtudes de la República romana, mientras que los juicios sobre el Imperio son particularmente críticos. La razón está en la defensa de la libertad que Bruni identifica con la República: «el gobierno popular que los griegos denominan democracia... halla su imagen en la relación fraterna. Los hermanos son pares entre sí e iguales. El fundamento de nuestro gobierno es la paridad y la igualdad de los ciudadanos... Todas nuestras leyes sólo tienden a conseguirlas, a buscar la igualdad de todos los ciudadanos, pues en ella están las raíces de la auténtica libertad. Por esto alejamos del gobierno del estado a las familias más poderosas, pues podrían convertirse en algo muy temible si dispusieran además del poder público». Aspecto este de la libertad clave en la historiografía y en el pensamiento político renacentista. La libertad es la condición de partida para el progreso urbano. Así, el declive de Roma se inició cuando le fue arrebatada la libertad. Tal fervor por la defensa de la libertad explica que las Historias del pueblo florentino sean una lucha dialéctica permanente contra la tiranía. Y es que tanto la historiografía como el pensamiento político experimentarán una evolución que es paralela a las luchas por el poder que se suceden en

las ciudades italianas. La evolución política de éstas, desde las formas republicanas a los gobiernos aristocráticos y principescos, determina que tanto la historia como la teoría política evolucionen, a su vez, desde lo que ha dado en llamarse humanismo cívico (cuya característica más elocuente era la defensa de las libertades urbanas) a un humanismo apegado al poder cortesano, al cual no cesará de adular. A esta nueva tendencia que es el humanismo cortesano pertenecen Giovanni Pontano, Bartolomeo Sacchi, Francesco Patrizi y Diomedes Carafa. Todos ellos escriben tratados dedicados a alguna autoridad política o religiosa donde se recurre a la Historia para ilustrar los consejos sobre buen gobierno que se ofrecen a dichas personalidades. Son, por lo tanto, continuadores de la tradición medieval de los espejos de príncipes. “Todas estas obras –nos recuerda Fernando Prieto– coinciden en el objetivo de la vida política: se trata de mantener al pueblo en paz y seguridad... La paz y la seguridad se consiguen mucho mejor en un principado que en una república. Estos autores suelen pintar al gobierno democrático como propicio a las revueltas y al desorden”.

A finales del Cuatrocientos la historiografía renacentista italiana cobra todo su esplendor con dos autores de singular valía: Maquiavelo y Guicciardini. Maquiavelo fue también la gran figura del pensamiento político del Renacimiento italiano. Teorizó sobre política recurriendo a la Historia. Y ello porque la Historia tenía un profundo sentido pragmático y educacional para Maquiavelo: era maestra de la vida. La Historia aparece como un gran almacén de experiencias donde indagar para extraer conclusiones válidas para el presente: “Cualquiera que reflexione sobre las cosas presentes y las antiguas advierte fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos están presentes los mismos deseos y las mismas pasiones, y han estado siempre. Por consiguiente, es fácil para quien profundiza en los acontecimientos del pasado prever el futuro en cada república y aplicarle los remedios que usaron los antiguos, o, si no encuentra los que se han empleado, imaginar unos nuevos de acuerdo con la similitud de circunstancias”. Maquiavelo, por tanto, orientará todos sus esfuerzos a captar la oculta racionalidad de la Historia para comprender el pasado y construir el futuro. Esta historia como proyecto de futuro requirió de la elaboración doctrinal, para lo cual teorizó sobre la condición de la naturaleza humana. Naturaleza humana entendida no como predicaba el magisterio de la Iglesia, es decir, debilitada por el pecado, sino como realidad orgánica regida por determinadas leyes que la hacen funcionar de manera racional y mecánica. Y la primera y principal ley de la condición humana es su egoísmo, el cual deriva de su permanente insatisfacción: “los deseos humanos son insaciables: la naturaleza los ha capacitado para querer y poder desear todas las cosas, pero la fortuna no les permite conseguir más que unas pocas. De ahí resulta un descontento continuo en el corazón humano”. Es en los Discursos donde se multiplican las aseveraciones sobre la maldad humana: “los hombres son más inclinados al mal que al bien... es necesario para quien dis ponga de una república y ordene leyes en ella, dar por supuesto que todos los hombres son malos y que hacen uso de la maldad cada vez que tienen libre ocasión de ello... de los hombres se puede decir en general que son ingratos, vo-



lubles, engañosos, taimados". El postulado maquiavélico de que los hombres son naturalmente malvados supone un avance frente a la moral tradicional cristiana, al posibilitar el entendimiento de que la conducta del hombre en sociedad no es ajena al deseo de poder y de riqueza. El progreso del pensamiento de Maquiavelo radica en la lucha del hombre moderno por mejorar su existencia temporal, rechazando de este modo el concepto cristiano medieval de la vida terrenal como un valle de lágrimas. Para la consecución del éxito el hombre debe adornarse de diversas cualidades. La primera de ellas es el valor, virtud totalmente incompatible con la antropología tradicional. Maquiavelo critica y rechaza la religión cristiana porque convierte a los hombres en seres abyectos, débiles y afeminados.

Maquiavelo es autor de dos obras claves en la teoría política del Renacimiento: *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. En la primera expone su particular punto de vista sobre la capacidad del líder político para forjar y mantener un Estado. En la segunda describe el Estado como un conjunto de fuerzas político-sociales cuya continuidad depende de la firmeza de los elementos fundamentales que lo constituyen: los ordenamientos y las leyes, las costumbres, la educación, las creencias. La lectura de ambas, así como de las *Historias florentinas* que escribió por encargo de los Médicis, nos permiten trazar las líneas maestras de su pensamiento político e historiográfico. Para este insigne humanista florentino la cantidad de bondad y de maldad existente en el mundo es siempre la misma, aunque varían de un país a otro. La historia enseña que la civilización, el poder, ha ido pasando de unos pueblos a otros. Cuando unos decaen, otros acceden al liderazgo de la Humanidad. La conclusión que se obtiene de tal razonamiento es que la prosperidad y el poder del Estado no pueden conseguirse sin perjudicar al rival. Teoría política e historiográfica que comulga con el pensamiento económico dominante en el periodo moderno: el Mercantilismo. Los autores mercantilistas opinaban que la riqueza del Estado se fundamenta en la posesión de los metales preciosos (bullonistas), siendo las reservas de éstos limitadas. Por consiguiente, la acumulación de riquezas sólo era posible arrebatándoselas al enemigo. He aquí el origen de muchas de las guerras marítimas y comerciales que enfrentaron durante todo el periodo moderno a las principales potencias coloniales europeas.

La opinión que Maquiavelo tiene sobre el Poder está naturalmente influida por su pesimismo antropológico. La organización política es imprescindible para garantizar la convivencia entre hombres insaciables. Sobre este particular contrasta la situación de crisis que vive Italia con la estabilidad política de Francia y de Castilla: "Y si en aquellas provincias no se ven tantos desórdenes como los que cada día nacen en Italia, esto no se debe tanto a la bondad del pueblo, que resulta escasa en buena parte, sino al hecho de que tienen un rey que los mantiene unidos". Sólo la existencia de un Poder que aborte cualquier intento de inmisión o de hostilidad hacia la autoridad constituida puede asegurar la paz y la prosperidad de los ciudadanos. De lo cual se infiere que el Poder debe recurrir a la violencia para conseguir su perpetuación. La violencia es imprescindible a la política: se recurre a ella para solventar los conflictos de poder mediante la

victoria militar sobre el enemigo colectivo o mediante la prisión, el destierro y el asesinato sobre el enemigo individual. La política era ante todo un asunto de fuerza. Se entiende así que la espina dorsal del poder político en el periodo moderno sea el ejército. El ejército es la institución central del Estado y la primera preocupación del gobernante. El derecho sin la fuerza resulta inútil para conservar el poder: “existen dos formas de combatir, la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias, pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda. Y, dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas y donde hay buenas armas siempre hay buenas leyes, dejaré a un lado la consideración de las leyes y hablaré únicamente de las armas”.

En cuanto a la formas concretas de organización política, Maquiavelo sólo distingue dos: los principados y las repúblicas. De los primeros habla en *El Príncipe*, mientras que los *Discursos* se centran en las repúblicas. La obra de El Príncipe sigue la tradición literaria de los «espejos de príncipes» que entonces circulaban por buena parte de Europa. Trata de proponer al príncipe soberano reglas específicas que le ayuden a conseguir el éxito en su faceta de gobernante. Triunfo que radicaba en la consecución del honor y de la gloria a través de la gestión pública: “Un príncipe debe ingeniárselas, por encima de todas las cosas, para que cada una de sus acciones le proporcione fama de hombre grande y excelente”. La política era en aquel momento la actividad pública más ambicionada para alcanzar la fama. Logro de la gloria que, en opinión de Maquiavelo, sólo es posible si el príncipe se muestra dispuesto, para conservar su Estado, a emplear la violencia. Tanto *El Príncipe* como los *Discursos* son obras de enorme trascendencia en la historia del pensamiento político y de la filosofía del Derecho y del Estado. En cambio, las *Historias florentinas* destacan por su valor historiográfico. Y a pesar de que dicha obra la escribió por encargo de Julio de Médicis, no ocultó en ella sus ideas políticas. Así, sus páginas le sirvieron para hacer una apología de la libertad y de los valores republicanos. Maquiavelo explicita su concepción histórica partiendo de dos supuestos fundamentales en la historiografía renacentista: la secularización de la historia, narrando las guerras, las hazañas y los conflictos internos que conmueven a la sociedad florentina, y la historia como manantial de enseñanzas políticas.

Otro de los humanistas más significados que durante los inicios de la Modernidad reflexionó sobre los lazos entre la Historia y la Política fue Francesco Guicciardini (1483-1540). Guicciardini, en palabras de los historiadores italianos R. Romano y A. Tenenti, es el más grande historiador de este periodo. “El escritor florentino –añaden los citados historiadores– eleva al más alto grado las posibilidades de la historiografía humanística, impulsándola a un decisivo progreso respecto a su primera fase retórico-política y mostrando también sus debilidades intrínsecas”. Guicciardini es, en efecto, un excelente historiador por su ilimitada capacidad de observación. Tal cualidad le permite narrar el desarrollo de los acontecimientos, a la vez que mostrar a las minorías letradas los vicios y las virtudes de los personajes singulares y de las masas anónimas que él, con un excelente

y moderno criterio historiográfico, considera sujetos de la Historia: “No perdona nada ni a nadie; ni creencias, ni pueblos, ni soberanos, ni papas. Guicciardini lo describe y lo recuerda todo sin indulgencias, profundamente consciente de que su cometido es el de ser historiador”. Su concepción de la Historia es loable y científica: para él la Historia no es sólo exaltación y relato, también la explicación inteligible de los hechos humanos. Sin embargo, Guicciardini careció de la objetividad que debería exigirse al historiador. Las ataduras morales y religiosas le impiden analizar y enjuiciar con independencia los acontecimientos. Así, la primera observación, tanto de Guicciardini como de otros muchos historiadores del momento, es que el género humano se deja arrastrar al mal casi regularmente. Por dicha razón piensa que la política es amoral, «según la razón y uso de los estados». Pero ello no significa que Dios se mantenga ajeno a la misma. De este modo, al margen del despiadado análisis de la irracionalidad humana, y después de haber desenredado racionalmente la madeja de los hechos, la Historia de Italia aparece al final como una drama en el que, antes o después, se restablece un equilibrio moral. Guicciardini, al contrario que Maquiavelo, consideraba la Historia no como un instrumento para resolver los problemas políticos contemporáneos, sino como un medio para transmitir el acontecer histórico. Su obra es todo un modelo de la nueva tendencia historiográfica renacentista, al considerar el hecho histórico en su dimensión real e individual, liberado de toda trascendencia. Asimismo, Guicciardini es ejemplo de otra importante novedad historiográfica que ocurre en la etapa renacentista: la sustitución de la Historia Universal por las historias nacionales y dinásticas. Sin duda, la historiografía de esta revolucionaria etapa es nacionalista y dinástica porque está sujeta al mandato del príncipe, del poder político. Podemos mencionar al respecto a Navagiero, quien prestó sus servicios a la República de Venecia. “Se pensaba –añade Fernández Álvarez– que la ciudad o el príncipe podían ser más o menos gloriosos, según la pluma que lo retrata, lo cual indica un género de historiografía asalariada y oficial; es decir, sumamente parcial”. La historiografía humanística está efectivamente henchida de proclamas nacionalistas. Tanto Tomás Moro como Juan de Mariana corroboran tal aseveración. Esta tendencia de la Historia a convertirse en vehículo privilegiado del sentimiento nacional se manifiesta ya a finales del siglo XIV, reforzándose en la centuria siguiente. En el caso concreto de la historiografía francesa de la época las proclamas nacionalistas llegarán a realizar afirmaciones claramente chovinistas: el rey de Francia es el más grande, «el más poderoso, el más noble, el más santo y el más razonable entre todos los reyes cristianos». Resultaba imperioso buscar antecedentes históricos que hablaran de la unidad nacional, del sentimiento de pertenecer a una misma comunidad política y geográfica. Clodoveo se convirtió en el santo fundador de la monarquía francesa, inclinado hacia los pobres y rey cristianísimo por excelencia. Otro tanto sucede en España con la figura histórica de Don Pelayo. El profundo sentimiento nacionalista de la historiografía renacentista es patente en la obra del francés Robert Gaguin, autor de un *Compendium de Francorum origine et gestis* (1495). En dicha obra, Gaguin no repara en proclamar la superioridad cultural de Francia sobre Italia, contrariamente a lo que Petrarca había opinado en el siglo anterior: «no se pueden buscar oradores

y poetas fuera de Italia». Como señalan los historiadores Guy Bourdé y Hervé Martin, “el sentimiento nacional de Gaguin asocia al amor de la tierra carnal, cuya fertilidad alaba, el orgullo de pertenecer a un país cargado de historia que ha generado tantos hombres ilustres, sobre todo «por la brillantez de las letras», y la vinculación a unos reyes a quienes presta todos los tributos que les confiere la propaganda oficial: grandes por las vicisitudes que han sufrido y por su poderío actual, servidores de la verdadera fe, protectores de las letras, etc. Al exaltar la monarquía, Gaguin dedica poco espacio al pueblo francés, del que destaca la capacidad de obediencia al príncipe y a la iglesia, pero del que denuncia con dureza la rapacidad y las inclinaciones lujuriosas”.

Junto con su alianza con el poder político, la historiografía del Renacimiento se distingue por un elevado espíritu crítico que le lleva a desconfiar de las verdades universales heredadas y nunca hasta entonces cuestionadas. Recordemos, una vez más, la famosa negación de la *donatio Constantini* por Lorenzo Valla y Nicolás de Cusa. La constatación histórica y filológica de la falsificación documental supone el rechazo de las teorías políticas que venía defendiendo la Iglesia frente al poder secular. La crítica se constituye en instrumento básico de la nueva metodología histórica para tratar de aislar al hecho real acontecido de cualquier otro aditamento fruto de la imaginación y de la leyenda. Fuera de Italia, esta preocupación por la crítica y la veracidad históricas también tiene nombres propios. En el caso francés destacan dos personajes: Étienne Pasquier (1529-1615) y Jean Bodin (1530-1596). Pasquier, abogado del Parlamento de París, es autor de la obra titulada *Recherches de la France*, publicada en 1560, mientras que Bodin escribió el *Método para facilitar el conocimiento de la historia* (1566) y en el cual construye una nueva teoría sobre la Historia universal opuesta a la concepción medievalista imperante. Para Bodin la Historia es fruto de la acción humana, por lo que las realidades históricas son cambiantes. Así, la Historia universal ha pasado por tres grandes etapas: una primera, de dos mil años de duración, donde predominaron civilizaciones cuyo denominador común fue la religión; una segunda, que también duró otros dos mil años, donde la hegemonía correspondió a los pueblos mediterráneos y cuya característica más destacable fue el pragmatismo; finalmente, una tercera cuya primacía correspondió a los extranjeros que invadieron el Imperio romano y que destacaron en el arte de la guerra. La dinámica de esta evolución radicaba, a juicio de Bodin, en factores plurales: antropológicos, climáticos y geográficos.

Además del Poder político, representado en los soberanos y en la institución del Estado Moderno, también el Poder religioso recurrió a Clío para alimentar sus intereses. Y el indicio más evidente de esta última afirmación lo tenemos en la Reforma, protestante y católica. Respecto a la polémica religiosa, la Historia se vio manipulada en función de los objetivos políticos y religiosos que perseguían tanto luteranos como papistas. En palabras de Lefebvre, la Reforma “quiso volver a situar la Iglesia en sus orígenes, y recurrió a la historia para mostrar la decadencia de esa Iglesia y la forma en que la tradición no marchaba de acuerdo con la Antigüedad cristiana. Por supuesto, la Iglesia romana respondió con métodos

de la misma traza, y durante más de un siglo hubo una oleada ininterrumpida de obras católicas y protestantes, cada una de ellas tratando de demostrar al lado de quién estaba la razón<sup>7</sup>. Los rasgos más relevantes de la historiografía religiosa del Quinientos son su fuerte carga ideológica y la subjetividad o parcialidad en la defensa del credo. La *Ecclesiastica Historia* de Flacius, editada en 1559, tendrá su réplica católica treinta años más tarde cuando San Felipe Neri y Baronio publiquen los *Annales Ecclesiastici*. La polémica religiosa en el campo de la historia fue particularmente intensa, fructífera y prologada, pues en el siglo XVII aún abundaban los testimonios sobre la importancia que se daba a la historia para la legitimación de los credos religiosos. Baste mencionar al francés Bossuet (1627-1704) y su *Discurso sobre la historia universal* (1681), que representa la involución respecto a las concepciones historiográficas del Humanismo renacentista, al predicar nuevamente que todo el curso de la historia humana estaba guiado por la providencia divina, retomando de este modo los postulados agustinianos.

Finalmente, resta añadir que durante los años finales del siglo XV y las primeras décadas de la centuria siguiente acontece otro hecho histórico que precisará de una estrecha colaboración entre la historiografía indiana y el Estado castellano. Hablamos del hallazgo del Nuevo Mundo. El descubrimiento de América, con su enorme complejidad cultural, supuso una novedad para la intelectualidad del Viejo Mundo. Posibilitó la aparición de numerosos cronistas que dieron testimonio, directa o indirectamente, de las hazañas y tropelías protagonizadas por los conquistadores, así como de lo que el Profesor Ballesteros Gaibrois denominó la «novedad indiana». Ejemplos ilustres de cronistas indianos son Bernal Díaz del Castillo (1495-1584) y su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), con la *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme*, y Antonio de Herrera, cronista mayor de Felipe II y autor la *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme de el Mar Océano*. Los cronistas fueron necesarios para legitimar la soberanía castellana sobre las tierras recién conquistadas. Por esa razón, Felipe II creó dentro del Consejo de Indias el cargo de cosmógrafo y cronista. Pero no todos los cronistas e historiadores de Indias pueden ser acusados de colaboracionismo. Algunos, la minoría, optaron por denunciar las crueldades y las injusticias cometidas por los colonizadores. En cualquier caso, la literatura denigrativa alimentó la leyenda negra y facilitó al mismo tiempo la justificación del dominio colonial. “Esta legitimación nacionalista de las conquistas hispánicas en ultramar –afirmaba el malogrado historiador R. Konetzke– llevó a pintar con los colores más sombríos la índole y costumbres de los indios”. Los aborígenes del Nuevo Mundo se hallaban privados de cultura y vivían como bestias salvajes. Pero tras los juicios condenatorios se escondía también la incapacidad de los europeos para comprender las pautas culturales del otro. La opinión subjetiva del cronista (no siempre es testigo directo de los acontecimientos que narra), su credulidad en las fuentes de información, su torpeza para encuadrar los hechos dentro del contexto cultural y el deseo de procurarse el beneplácito de los poderes oficiales explican su incompreensión hacia las imágenes del encuentro. La información que propor-

cionan a las minorías lectoras del Viejo Mundo no es aséptica, al estar infectada por las ideas, las convicciones, las supersticiones, los temores y la emotividad de los informadores. La obra historiográfica está estrechamente unida a la personalidad del autor, cuyo subjetivismo, acentuado por la profesión, marca indudablemente las características de lo que escribe. Es obvio que conquistadores, misioneros y colonizadores, publicistas de la novedad, aprehendieron las plurales e intrincadas imágenes del espacio indiano llevados por sus intereses espirituales y materiales. Militares, hidalgos y segundones vieron las tierras descubiertas como una opción de progreso y de ascenso social. Los conquistadores espirituales identificaron las Indias con la tierra de promisión que Dios les tenía reservada para instaurar la primitiva Iglesia de Cristo, vieja aspiración de los movimientos de reforma religiosa. Los demás segmentos sociales también pensarán en el Nuevo Mundo como un espacio propiciatorio de riqueza y de bienestar: "porque el más pobre mata en su casa cada semana un cordero", afirma Alonso Herojo en una carta que remite desde Tunja a su mujer en Extremadura en el año 1583.